

VIVIANA FERNÁNDEZ-PICO

TE DIBUJARÉ UNA ARMADURA

LA HISTORIA
NEURO *ATÍPICA*
DE OTTO



Índice

Dedicatoria

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII

XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII

LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII

Créditos

Para Otto, para Alejo, para Manuel. Por cada día.

*Para todos los niños neuroatípicos y sus familias,
por su belleza y su ejemplo.*

I

El año en el que nació Otto pasaron por lo menos dos cosas extrañas. La primera, que el ayuntamiento de Villalba, el pueblo de Lugo en el que mi bebé pasó sus tres primeros meses de vida, hizo llegar a todos los hogares el libro *Don Otto de viaxe pola Chaira*. La segunda, que un amigo me regaló el libro *Otto Grows Down (Otto crece al revés)*, sin saber que aquel título sería premonitorio. Todos los niños son un enigma indescifrable, pero Otto lo sería todavía más.

Ottiño fue rescatado de su estrella, o como dicen los adultos cuando hablan entre ellos, fue concebido en Haití, un país del Caribe en el que vivimos dos años. Antes de nacer viajó por muchos países. En Argentina, por ejemplo, Otto se agarró a la vida de la misma forma que nos agarramos a la barra del metro para no caernos. Noté una fuerte contracción en el vientre y enseguida supe que ya nunca más estaría sola, que tenía dos corazones latiendo con fuerza, que una vida habitaba mi cuerpo. Yo también soy, de alguna manera, una mamá peculiar, de esas que no se han olvidado de cuando eran niña y, por eso, a veces no sé o no quiero hacer las cosas que hacen los adultos, entre otras, odio hacer la cama, ser ordenada o prestar atención; en cambio, me gusta mucho leer libros, imaginarme en otros sitios, hacerme preguntas absurdas, despistarme y estudiar idiomas, porque es como aprender a leer y a escribir de nuevo, una y otra vez, en un país y en una infancia nuevos, vivir otra vida. Con los lápices y los cuadernos, los verbos y las fotos de los libros de texto tan sencillas puedo darme un respiro de la fatigosa vida adulta. El papá de Otto, sin embargo, es un adulto de pura cepa, de esos que

no es que se hayan olvidado de cuando fueron niños, sino de los que nunca lo fueron del todo. Un niño con mucha prisa por ser mayor y asumir responsabilidades, de los que pasan las tardes estudiando mapas, consultando libros de historia, coleccionando objetos de valor y dando conversación a los adultos sobre temas de interés general.

II

Otto nació por cesárea en La Coruña en abril de 2008, dos semanas antes de lo que se le esperaba. Pesó dos kilos setecientos gramos y no necesitó incubadora. Al parecer, yo tenía la placenta madura y no permitía al bebé crecer con total normalidad, por eso Ottiño entró al mundo por la puerta grande, sin las estrecheces ni las incomodidades que ofrecen los úteros más o menos dilatados. Todos estos datos que parecen irrelevantes suelen interesar mucho a los médicos. Tendremos que repetirlos una y otra vez durante años a neurólogos, psiquiatras, psicólogos, logopedas, neuropediatras, gastroenterólogos y muchos otros especialistas que hacen un montón de preguntas, casi siempre las mismas, pero tienen muy pocas respuestas. Lo que realmente importa del nacimiento de Otto es que era, sin lugar a dudas, un bebé precioso, con los ojos más grandes y redondos que la gente neurotípica se pueda imaginar, tenía las pestañas largas, tupidas y rizadas, los pies y las manos minúsculas y un olor hechizante a rosal, caramelo hervido, polvo de talco y manzana verde. No sé en qué proporción exactamente. Lo cierto es que para las personas neurotípicas y adultas como yo es muy difícil describir las cosas mágicas e intangibles, como el olor de los bebés, quizás porque solo hemos estudiado asignaturas como lengua y matemáticas, historia o literatura para las que se memorizan gramática, fórmulas, fechas o títulos que son muy útiles para aprobar exámenes, pero que no sirven para comprender la esencia de las cosas. En eso, las personas neuroatípicas nos llevan mucha ventaja porque ellas son capaces de ha-

cer cosas increíbles como descomponer las formas de los objetos, apreciar la textura de los tejidos con todos los sentidos o maravillarse del color del agua que corre en una fuente. Lo que realmente importa del nacimiento de Otto, además de que era el bebé más bonito del mundo, es que su papá no podía estar en el hospital, sino que se había quedado en Haití, refugiado en la embajada comiendo comida de lata porque algunos haitianos estaban quemando neumáticos, cortando carreteras, saqueando negocios, invadiendo viviendas y creando mucha confusión y caos para protestar ante el gobierno. Los adultos y la gente neurotípica también hacen cosas extrañas, muy difíciles de comprender, a veces, incluso para sí mismos. Así que aunque me tuvieron que inmovilizar tres enfermeros porque no me dejaba pinchar la epidural, aunque me seccionaron el vientre y me cosieron la herida mientras hablaban de fútbol en el quirófano, aunque mi marido no podía estar con nosotros, lloré por primera vez de felicidad cuando conocí al pequeño Otto y pude, por fin, verle, abrazarle y olerle. Las mamás somos así, capaces de enamorarnos para siempre y sin remedio de un pequeño desconocido que aún no ha dicho ni mú.

III

Otto pasó los primeros tres meses de su vida en Villalba, un pueblo de Lugo, en la misma casa en la que yo crecí. El papá de Otto estaba en Haití mientras que yo y el bebé, al que aún no conocía, nos instalamos en casa de mis padres. Ottiño era pues nómada. Si había recorrido un sinfín de países y kilómetros antes de nacer seguiría haciéndolo también tras su nacimiento. Estos primeros meses fueron muy duros para él y para mí, era madre primeriza. Ottiño comía y rompía en llanto exactamente cada tres horas y tenía cólicos de lactante todas las noches. Era como vivir en un reloj de arena en continua cuenta atrás. Mis días y mis noches estaban fragmentados en rígidos segmentos de tres horas. Cuando el bebé lloraba a menudo, yo lloraba con él de puro cansancio. Otras veces, sin embargo, Otto no lloraba, como aquella vez que su culito se puso muy rojo y los pliegues de su piel se abrieron como un peluche que se estuviera descosiendo. Lo llevé con urgencia al pediatra y la médico se sorprendió de que estuviera tranquilo, serio, como si aquellos cortes ocasionados por una dermatitis atópica en fase aguda no tuvieran nada que ver con él. Nadie lo entendió entonces, pero Ottiño nos estaba revelando su primer superpoder como niño neuroatípico: una sorprendente resistencia al dolor físico. Mi niño era pues, guapo, nómada, serio, viajado y, además, sufrido.

Cuando por fin terminó ese verano, nos instalamos en Luxemburgo. De esta manera, pasé de vivir en uno de los países más cálidos, peligrosos y pobres a uno de los países

más fríos, seguros y ricos del mundo, ignorando que los mayores desafíos estaban aún por presentarse.

IV

Los primeros meses en Luxemburgo fueron como el clima: lúgubres. (Lúgubreburgo le llamaba con sorna un diplomático). A la alegría inicial de tener todas las comodidades de la Europa más desarrollada a las que ya no estábamos acostumbrados tras vivir en Haití (comercio, cines, carreteras, grandes supermercados, internet y agua sin cortes, parques, seguridad, etc.), pronto se unieron todas las incomodidades de empezar una vida de cero. El contenedor con los muebles se retrasó meses, con lo que nuestra casa estaba casi vacía, a excepción de la habitación del bebé que era nueva, de la cocina y los baños y de una mesita, una cama y una vajilla con escudo oficial que nos había prestado la embajada de España.

A los cinco meses, Ottilio empezó a dormir casi toda la noche y dejó de tener cólicos. Era un bebé dócil que contemplaba su entorno con mucho interés desde sus enormes ojos redondos y sus infinitas pestañas rizadas. Más de una vez nos dijeron que tenía la mirada de Rafa Nadal, y era cierto que tenía una forma peculiar de mirar, como concentrado, reflexivo y con el ceño fruncido. Con menos de un año empezó a ir a la guardería. En Luxemburgo se hablan tres idiomas: el francés, el alemán y el luxemburgués, pero hay tantos portugueses que en el centro también se utilizaba ese idioma. Con el español como lengua materna sumábamos ya cinco. Este detalle aparentemente anecdótico también tendríamos que repetirlo en numerosas ocasiones a los médicos que años más tarde habrían de interrogarnos.

De aquella época que duró solo dos años (aunque sabemos que el tiempo no transcurre siempre a la misma velocidad y aquí fue especialmente denso) recuerdo los pícnicos que hacíamos en los bosques con nuestra cesta de madera y nuestro mantelito de cuadros rojos, también a un niño que vivía enfrente de nuestra casa y se pasaba las horas pegado a la ventana mirando a la calle, con frecuencia casi desnudo, en ropa interior. A aquel niño le fascinaba un coche Fiat 500 de juguete que mis padres le habían regalado a Otto y que se movía gracias a una batería recargable pisando un pedal. A mi hijo le encantaba aquel coche y al niño de los vecinos le gustaba aún más. Lo señalaba desde la ventana y no le quitaba los ojos de encima. En una ocasión coincidimos frente al edificio y le prestamos el artilugio, pero el niño no conseguía hacerlo arrancar.

—Es un poco difícil, ¿verdad? —le dijo el papá de Otto.

—En casa no usamos esa palabra: *difícil* —respondió la mamá, claramente enfadada.

Nos quedamos estupefactos, no entendimos aquella reacción cuando simplemente habíamos intentado ser amables. Ahora lo veo diferente y pienso que quizás ella también estuviera librando un batalla, quizás el niño de la ventana también fuese neuroatípico. Ahora los veo por todas partes.

De Luxemburgo también me acuerdo nítidamente del hospital pediátrico, de su sala de espera en urgencias. Íbamos con frecuencia porque Otto tenía continuamente otitis, menos aquella vez que vimos su almohada manchada de sangre, pero no le pasaba nada, simplemente le estaban saliendo los dientes. Precisamente fue una otitis lo que le provocó una drástica subida de la fiebre y la pérdida del conocimiento.

Imaginaos esos minutos de inconsciencia y pánico en el que dejas de oír todo menos el frenético y ensordecedor latido de tu corazón bombeando la sangre de tu cuerpo

hasta la cabeza. El bebé inconsciente y su rostro oscureciéndose. Un adulto sobre él intentado reanimarlo, las sirenas de la ambulancia abriéndose paso en la calle.

Ser padre es, sobre todo, ser vulnerable, estar a merced del azar, desnortado en la intemperie, vivir de treguas. Darte cuenta de que el sol esmaltado de naranja podría desconcharse en cualquier momento. Desconocerlo todo, o casi todo, mirar hacia un cielo que de repente no existe. El bebé estuvo ingresado en observación tres días. Ninguna prueba reveló nada reseñable. El médico dijo que todos los días llegaban niños a urgencias en ambulancia por el mismo motivo. La fiebre podía provocar desmayos. Era algo habitual.

V

Bebé, derroche de luz aún no prendida, alegría de pólvora, flor prematura, duerme en esta habitación blanca que no es la tuya, hasta que volvamos a casa donde te esperan el león, el lobo y la rana y todas tus cosas tristes y huecas sin ti.

Bebé, vencido por la fiebre que en ti es hoguera y en nosotros incendio, duerme fresco y esponjoso mientras te velamos el sueño con un amor fluvial, oceánico, incombustible. Besar tu cuerpo encendido es apagar llamas y repoblar bosques. Arder un poco por dentro bajo un cielo huido y arrepentido. Estamos ya, sin saberlo, soltando pájaros, perdiendo recuerdos. Al otro lado del sueño. Volando a contracielo. Bebé.